



sión nacional, de la cordura el retorno al estoicismo. Elude Rosales, en la oposición, todo esquema, como también todo juego de llaves de las que enmohecen en los cuadros sinópticos. El poeta infunde gracia hasta en la teoría y su alborozo creador en las generalizaciones. Cuando Rosales, en su prólogo, nos ilustra sobre el hecho de que el siglo xvii oponga la moral estoica a la moral heroica del siglo xvi o el orden de la naturaleza al orden del espíritu, o las virtudes individuales a las nacionales, nos contenta por su rigor, pero más aún por el encanto con que lo mitiga. Ciertamente, los poetas del xvii están en el «medio siglo después», y aunque batallan aún, consideran descorazonadamente el esfuerzo heroico. Los del siglo xvi han visto de cerca los capitanes que iban a Pavía, a la Goleta, a Muhlberg, a San Quintín o a Lepanto y han visto allá, en las Indias, otros capitanes que le fundaban al César México, Lima, Quito, Santa Fe de Bogotá, Santiago de la Nueva Extremadura, como en la extensión oceánica Manila.

Y han visto, en fin, a los 31 de Elcano tornar luego de darle la vuelta al Globo. Bien podía, por boca de Francisco de Aldana, decirle «la arte militar» al Rey don Felipe:

*Soy madre de los Césares famosos,  
reina de los antiguos Ptolomeos,  
señora de los casos venturosos,  
valedora total de los deseos;  
los tronos y los cetros más gloriosos  
mis ornamentos son y mis trofeos.  
Soy tal que el mismo Dios por arte y jama  
Señor de los Ejércitos se llama.*

Temas de alto porte y de alta incitación, como el del retorno al estoicismo, son los que Rosales trata con la sabiduría necesaria e hidalgamente en su prólogo. Enunciemos algunos, como el de la medida del tiempo, el de la moral y la alabanza,

(Continúa en la página 83)